

Las suelas del destino

*Campo de exterminio de Chelmno
Chelmno nad Nerem (Polonia)
Enero de 1945*

LOS ALEMANES HUYERON DE NOCHE, engalanados con la cobardía que reviste una huida a oscuras, cuando a tu espalda queda el mayor ejercicio de crueldad que ha conocido la humanidad. Así lo hicieron, se marcharon en silencio, parapetados en la negrura de una noche, que habría de ser la última de confinamiento y tortura para los que habían obrado el milagro de sobrevivir allí. Dejaron tras de sí las puertas abiertas, los vehículos saboteados para no poder ser perseguidos, barracones en llamas y un reguero de miseria y cadáveres encalados, cuando no convertidos en cenizas.

A Cezary, en lugar de los gritos en alemán, aquel amanecer le despertó el silencio. Resultó extraño. Despertar por el simple hecho de abrir los ojos a un amanecer invernal, con la nieve que cubría el exterior engullendo los sonidos para formar un silencio denso, que parecía que pudiera recogerse a puñados. De ese tipo de silencios que se dan tras una gran tempestad y que no resultan del todo fiables. Esos silencios.

Permaneció acurrucado en los pies de su camastro, aterido, tanto por el frío como por una situación que no esperaba. Los últimos rumores que llegaban desde fuera hablaban sobre la

inminente derrota germana, pero basar su desaparición en ello era conjeturar demasiado. Habían dado por hecho que los alemanes les fusilarían antes de irse. Tan solo quedaba una docena de prisioneros en un campo que había llegado a contar con miles y en el que habían sido asesinados más de ciento cincuenta mil. Hacía tiempo que habían dejado de creer en el milagro de la supervivencia. Sin embargo, cuando Piotr salió del barracón de los presos encargados de la limpieza de cuerpos y regresó al rato, rumiando un mendrugo de pan duro, fue como ver llegar a un ángel salvador.

—Se han ido —reveló el preso de Lodz con un tono de voz tan débil, que apenas resultaba audible—. Los alemanes se han ido. Somos libres —sentenció, para después mordisquear con avidez el trozo de pan duro, mientras un sinnúmero de lágrimas libres descendía por los pómulos huesudos y blanquecinos, que presidían unas mejillas hundidas.

Cezary salió con cautela a pesar de que el resto de prisioneros lo hicieron en estampida, buscando, lógicamente, el barracón de los alemanes donde se ubicaba la cocina de quienes habían sido sus carceleros, torturadores y asesinos. El cielo, límpido a pesar de los días de nieve que habían vertido el manto blanco que alicataba el paisaje, desprendía una sensación de calma que se extendía por el silencio del campo de exterminio de tal modo, que ni la docena de presos que habían logrado sobrevivir a la barbarie osaban quebrarlo con gritos de alegría. Caminaban de un lado a otro en silencio, buscando algo que llevarse a la boca y, además, algo con lo que cubrirse, pues vestían poco más que andrajos.

Fue Maciej el que, después de haber saqueado entre los doce la despensa alemana, sugirió acercarse a las duchas —lugar donde se desnudaba a los presos antes de su paso a las cámaras de gas—, en busca de ropa con la que iniciar el regreso a sus hogares, toda vez parecía lógico que nadie contaba con que se hallasen supervivientes allí. Por lo que resultaba obvio que ningún destacamento se llegaría hasta el campo de exterminio, al menos hasta que toda la región

hubiera sido controlada por los aliados. Demasiado tiempo como para continuar allí por decisión propia cuando, en algunos casos, como en el de Cezary, habían pasado allí más de tres años.

En un lugar donde todo lleva ajado el cartel de urgencia, destacar algo puede resultar frívolo, pero lo que Cezary llevaba tiempo anhelando era un calzado nuevo. Los últimos meses los había pasado empleando como suelas unos trozos de goma de un neumático, que le había conseguido Aleksy, dos días antes de que le fusilaran. Por eso, cuando en compañía de Maciej y Bohdan entró en el edificio de la chimenea —denominado así entre los presos para no ajarle la nomenclatura de «cámara de gas»—, mientras ellos comenzaban a buscar entre las prendas de abrigo, él se sentó sobre el suelo frente a uno de los espectáculos más espantosos que en su vida —no ya la que había pasado allí, sino toda ella— contemplaría.

Aquella habitación, aladaña a las duchas, se había empleado para dejar el calzado de los presos destinados a la cámara de gas. Miles y miles de calzados de todo tipo, unidos por los cordones o corchetes cuando los poseían, en una desproporcionada pila que alcanzaba el techo de cuatro metros de altura de aquella gigantesca habitación.

Cezary, empleado en labores de enterramiento de cadáveres o de limpieza de la ceniza derivada de las cremaciones, tras el paso por las cámaras de gas, había creído que durase lo que durase su vida, las imágenes que le había tocado vivir difícilmente serían superadas en crueldad por las que le contemplaría, si lograba sobrevivir a esa barbarie. Frente a aquella desproporcionada montaña de calzado percibió algo que no había experimentado jamás, un sentimiento de fin de camino, interrumpido abruptamente, que hizo que llorara por primera vez en mucho tiempo, justo cuando ya creía que había perdido la capacidad y el alivio del llanto.c

¿Cuántos pasos había dado aquel calzado? ¿Cuántas veces corrieron tras su destino? ¿Cuántas veces se pusieron de puntillas los calzados con tacones para alcanzar unos labios? ¿En

cuántas ocasiones se doblaron sus suelas para abrazar a los más pequeños de la casa? ¿Cuántas veces saltaron intentando alcanzar las estrellas? ¿Cuántas jornadas de trabajo sufrieron, ceremonias disfrutaron o paseos recorrieron?

En aquel maremágnum de calzado había miles de historias que la guerra de la inmisericordia había sajado precipitadamente. En conjunto, en realidad, aquel cruel túmulo podía asemejarse al de los saldos expuestos en los almacenes de ropa de Varsovia o a las fábricas textiles de Toruń. Pero la realidad que encerraba aquel lugar trascendía de la propia pérdida. Aquel calzado amontonado, olvidado, era una explícita metáfora de la humanidad que había dejado de caminar, que se había visto obligada a frenar su avance, acumulándose en una montaña encerrada que jamás vería dar nuevos pasos hacia un futuro de esperanza.

Cezary se acercó hacia las primeras muestras de calzado y, casi con veneración, con un respeto infinito hacia aquellos que habían sido sus propietarios, fue retirando los pares, colocándolos en un perfecto orden a su lado, hasta que por detrás de unos pequeños botines infantiles y unos zapatos que conservaban el lustre pretérito, como si quisieran hacer frente a la situación con una gallardía en ruinas, aparecieron un par de botas de cuero marrón, prácticamente nuevas y, a primera vista, de una talla similar a la suya. Las tomó con suavidad, como si recogiera un polluelo del suelo antes de devolverlo al nido, y se retiró a una de las esquinas desocupadas de la sala.

Allí, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, colocó la suela de las botas contra sus pies, después de haberse despojado de las gomas que le habían servido de calzado en las últimas semanas. La intuición no le había fallado y la suela recorría el contorno de su pie, sucio y huesudo, como si aquel calzado lo hubiera comprado él mismo en la zapatería de Eligiusz Perlitz, el zapatero de su barrio en Kolo, la única ciudad que había conocido hasta que los alemanes le deportaron, junto a sus padres, al campo de exterminio de Chelмно.

Se calzó con lentitud la bota zurda pero cuando hacía lo propio con la diestra sintió algo en el interior, cierta fricción, que le obligó a sacar de nuevo el pie y tantear el interior con los dedos, como cuando rebuscaba entre el suelo del patio una raíz con la que paliar, en poco, la hambruna que le iba derivando a una muerte segura. Adheridas a la suela, bajo un leve trozo de cuero a forma de plantilla, halló un par de hojas de papel dobladas con mimo. Las extrajo y, después de volver a calzarse la bota y caminar en círculos unos breves segundos, para confirmar que el calzado, en medida de lo posible, se ajustaba a su pie, se sentó de nuevo y desdobló con delicadeza las dos hojas, descubriendo una carta escrita con pulcritud con un lapicero de trazo grueso. Aquel detalle, sin duda hecho con el firme propósito de que la epístola —pues eso es de lo que se trataba— perdurase en el tiempo, había conseguido que más allá del amarilleo propio del papel, la letra fuera totalmente legible. Si en lugar de haber empleado un lapicero hubiera escrito esa carta con tinta, seguramente el sudor la hubiera emborronado completamente, difuminando, del mismo modo, la emocionada lectura de Cezary que, ignorando el rugido de su flaco estómago y su deseo por hacerse con un abrigo que le protegiera del inclemente frío glacial del enero polaco, prefirió leer aquella carta y procrastinar quehaceres que, en realidad, resultaban de mayor perentoriedad.

Al cabo de un tiempo, puede que no más de diez o quince minutos, en la sala, con una necesidad de calzado similar a la de Cezary, entró Maciej, descubriéndole con el rostro enrojecido por las estelas iridiscentes que las lágrimas habían dejado tras de sí, y las dos hojas que componían la misiva que Cezary acababa de leer, sujetas con fuerza contra un pecho huesudo, que albergaba un corazón que acababa de encontrar un motivo para seguir latiendo por algo más que por mera costumbre.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Somos libres —recitó Maciej, después de mirar la inabarcable pila de calzado que tenía frente a él, con la misma angustia que si observase una cantidad similar de cadáveres encalados—. Podemos volver a casa, Cezary, regresaremos a Kolo —sentenció.

Con calma, apoyando una mano sobre la pared para poder reincorporarse, Cezary se puso en pie y, después de mirar aquella carta con un mohín de duda, volvió a sentarse en el suelo, para quitarse la bota en la que la había encontrado, protegerla entre la suela y la tosca plantilla de cuero, y volver a calzarse.

—Debo ir a Sworawa —anunció Cezary, mientras avanzaba hacia la puerta de la sala—. ¿Has oído alguna vez eso de que el destino es quien te calza las suelas? —Maciej asintió con un breve ademán de cabeza. Aquel era un dicho que había escuchado mil veces de boca de sus mayores—. Pues eso es lo que me ha sucedido a mí. El destino acaba de calzarme, y quién soy yo para negar el albur de sus pretensiones.

—¡Pero está en dirección contraria a tu casa! —exclamó Maciej, dejando de buscar un calzado apropiado entre la pila.

—Mis padres llegaron aquí conmigo y a mi hermano mayor lo mataron en mi casa, delante de ellos. Incluso prendieron fuego al edificio. ¿Qué me queda allí? ¿Unas ruinas que reconstruir? Pueden esperar —sentenció, tratando de que la emoción no venciera a la determinación, al recordar el principio de una serie de pasajes terroríficos, que le habían ido lastrando, día a día, sumando dolor, desamparo y sordidez.

Salvo Grzegorz, natural de Varsovia, el resto de supervivientes al cierre del campo eran, o bien de Lodz, o bien de Kolo y sus alrededores, por lo que, dos días después de la liberación, Cezary inició su periplo de camino a Sworawa solo. En la puerta del campo, los compañeros de milagro le vieron marchar y lo hicieron con lágrimas en los ojos, tanto por lo que suponía ver a un amigo alejarse a pie de un campo de exterminio, como por saber hacia dónde se dirigía y el motivo de ese peregrinaje, después de que les hubiera narrado lo que detallaba la misiva. Así, con la incertidumbre de descubrir a cada kilómetro recorrido de camino a Sworawa, cómo habían dejado los alemanes su país tras la invasión, Cezary caminaba con el placer, casi olvidado, de hacerlo con la satisfacción de sentir el aire de la libertad azotándole el rostro. Cuando

se sentía exhausto o lograba una comida caliente, en alguno de los numerosos pueblos en los que se cuidaba a los que, como él, habían logrado sobrevivir a los campos, sacaba la carta del interior de la bota y la releía una y otra vez.

En la epístola hallada en la bota, firmada por Kaspar Jakov, un joven cartero del servicio postal polaco, escribía a Aleska Rosenstock, su esposa. Con una prosa digna del más primoroso de los literatos, Kaspar le decía a su mujer de que aún había tiempo para cumplir su sueño de caminar juntos por un campo de bellis, las más agraciadas de las flores de invierno, justo al amanecer, en el instante en el que las flores se abrían después de haber permanecido toda la noche cerradas. Si lo pensaba —continuaba la carta—, aquellas hermosas flores representaban acertadamente la esperanza de los polacos sumidos en la oscuridad a la que les había abocado el sometimiento nazi. Pero, tras la que, algún día, llegaría un nuevo amanecer en el que la nación y todos los que logaran sobrevivir a la barbarie, volverían a abrir sus pétalos más bellos y coloridos que nunca.

Ese era el deseo contenido en las hermosas frases que desarrollaban el amor que Kaspar sentía por su mujer. Un deseo tan sencillo como hermoso, caminar a su lado por un campo plagado de bellis, seguramente con aquellas botas en las que había protegido esas dos breves hojas de papel delicadamente escritas.

Cezary no podía hacer que Kaspar se levantara de la ceniza en la que se había convertido tras su paso por la cámara de gas. Pero, al menos, podía viajar hasta Sworawa y entregar su carta. En la misiva explicaba cómo era su casa, su calle, incluso daba detalles sobre la fachada bajo la que besaron cuando contrajeron matrimonio, dos meses antes de que todo estallase. Sabía que podía encontrar el lugar y a ello se había encomendado, sintiendo que con cada paso que daba con aquellas botas que el destino había convertido en las suelas de su destino, escapaba un poco más de toda la miseria en la que había vivido.

El último trayecto lo hizo en tren. Tras una parada en Glogowiec, los funcionarios del servicio ferroviario le dejaron viajar con ellos e incluso, disfrutar de una comida, que ellos consideraban frugal, pero que a Cezary comparó a un gran festín.

A su llegada a Sworowa, al amanecer, los operarios se ofrecieron a costearle un desayuno en una de las cantinas que habían vuelto a abrir tras la retirada germana. Era tal el deseo empero, de Cezary, por llegar hasta el hogar de Aleska y Kaspar, que rehusó para después salir hacia el centro de una localidad tan castigada como el resto de la región. Transitando por las calzadas observaba la metralla en los edificios, los tejados derruidos, la huella de la muerte renegrida en el suelo, sobre el lugar donde, probablemente, se habían llevado a cabo las ejecuciones. Y a cada paso que daba, las suelas de aquellas botas parecían aumentar la temperatura, como si el recuerdo de los paseos dados por aquellas mismas calles fuera a hacerlas estallar en llamas.

Alcanzó el hogar de Kaspar y Aleska, gracias a las indicaciones de varios vecinos, que conocían a la pareja y a los padres de Kaspar, que vivían junto a la floristería que regentaba la madre del antiguo propietario de sus botas. Cuando llegó y pasó al interior del establecimiento, cuyo escaparate había sido sustituido por una hilera de tablones que, después de destrozado el cristal, servía para ajar las diferentes plantas que ofertaba la floristería en aburridas macetas de cerámica ocre, encontró a una mujer madura al otro lado del mostrador. Una de esas mujeres a las que la guerra, además de a sus seres queridos, les había robado la juventud. Qué podía tener, cincuenta años tal vez. Sin embargo, los ojos opacados por la angustia y ese mohín triste, como de perro mojado, de quien ha saboreado la hiel de la desventura, le conferían el aspecto de una mujer en ruinas; una a la que apenas le queda nada en la vida salvo aguardar el insidioso paso de los días sin mayor deseo que el de un fin plácido, el mismo que no habían recibido los suyos. Cezary le contó a Sarah, la madre de Kaspar, el motivo de su visita y ambos lloraron en un abrazo en el que cabía el desconsuelo de toda una guerra. Se miraron a los ojos y ambos, en ese idioma silencioso que se establece a través del hilo que sujeta las pupilas, cuando no pueden apartarse las unas de las otras, supieron por qué el destino había calzado a Cezary con las botas

de su hijo. Con la sonrisa más triste que Cezary jamás hubiera observado en unos labios, Sarah recogió dos macetas de bellis y, tras cerrar la floristería, ambos caminaron siguiendo el trayecto que indicaba la proyección de sus sombras por un adoquinado que había reblado demasiado por el paso de las tanquetas sobre él.

Alcanzaron el camposanto de Sworowa y caminaron entre las callejuelas interiores que la irrupción de muertes recientes había angostado en el cementerio, dotándole de una capacidad mayor. Al final, cerca del muro norte, donde el musgo verdeaba sobre la piedra, la tumba de Aleska Rosenstock era una de tantas. Una lápida de piedra con unos márgenes entre las fechas demasiado breve, y flores, muchas flores sobre un lecho de descanso eterno, precipitado y miserable.

—Sus padres también murieron... supongo —dejó en el aire, después de unos segundos de duda—. Se los llevaron en uno de esos trenes de los que nunca regresaba nadie —anexó, mientras seguía llorando. No había dejado de hacerlo desde que Cezary había entrado en la floristería. O quizá llevase haciéndolo desde hacía mucho más tiempo, él creía que sí.

En silencio, posaron sobre la tumba de Aleska las botas de su marido y, entre ambos, con delicadeza, trasplantaron las dos macetas de bellis, aquella hermosa flor de invierno, de los recipientes de barro cocido a las botas de Kaspar. Después, con la sonrisa plana y melancólica de quien observa sonreír al destino, se abrazaron y salieron del cementerio, sabiendo que, al fin, tal y como había deseado el hijo de Sarah en la misiva que Cezary había encontrado en su bota, podría caminar junto a su mujer al amanecer entre las bellis, justo en el momento en que la luz de un nuevo día condenase al ostracismo a una noche que se antojaba sempiterna.

Al día siguiente, después de que Cezary pasara la noche en su casa, aunque no lograra pegar ojo, Sarah le acompañó a la estación del ferrocarril, donde le compró un billete para Drażeń, lo

más cerca de Kolo que llegaban los trenes de pasajeros que continuaban su trayecto hasta Koinin.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué llegar hasta aquí para cumplir con el deseo de alguien que ha muerto? —le preguntó Sarah con los labios cubiertos de telarañas.

Cezary no contestó. Besó con suavidad sus mejillas, se despidió con un ademán de mano y pasó al interior del tren, tomando asiento junto a la ventanilla. Allí, sumido en una soledad como no había sentido otra en toda su vida, sacó del bolsillo el trozo de carta que no había mostrado a Sarah, las dos primeras frases. Porque esas frases eran suyas, eran para él, aunque Kaspar no supiera a quién estaba escribiéndolas cuando lo hizo.

Si has encontrado esta carta vas a leer el deseo de un hombre hacia su mujer muerta.

Después, estará en tus manos calzarte las suelas del destino.

Dobló el trozo de papel y, en lugar de guardarlo en el bolsillo del pantalón, lo hizo en uno de los laterales interiores de las nuevas botas que Sarah le había conseguido. Se recostó sobre la ventana del tren y, antes de que la locomotora iniciara la marcha, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido. Aquella fue la primera vez en años que logró hacerlo sin sentir que temblaba por dentro.